

Demandas democráticas y participación electoral en la Ciudad de México: dos estudios de caso

MA. LUISA TARRÉS

UNA VEZ SUPERADA LA CRISIS más prolongada de la economía, la sociedad y el sistema político mexicanos enfrentan el desafío de la democratización. Ello significa construir mecanismos de relación entre las movilizaciones sociales y los procesos institucionales, como también desarrollar programas destinados a combatir la exclusión socioeconómica que afecta a la mitad de la población.¹

A pesar de que parece haber consenso en los distintos sectores del gobierno, los partidos políticos y la sociedad sobre estos problemas, no hay duda que la construcción de un sistema pluripartidista y participativo se ha transformado en la piedra de toque del proyecto de modernización en que está empeñado el gobierno actual.

La cuestión es complicada, pues en los últimos años ha habido una serie de iniciativas que desde la sociedad y el gobierno no han podido cristalizar en soluciones políticas compartidas. Ello habla de la complejidad de transformar el sistema unipartidista que ha gobernado al país durante más de 65 años, así como de una sociedad que tiene dificultades para organizarse a nivel político y plantear proyectos alternativos.

Dos son, quizá, los factores que entorpecen las relaciones de la sociedad con el sistema político. Por un lado, las fuerzas de oposición son difusas y heterogéneas debido a la naturaleza inclusiva del régimen, de modo que hay una dificultad estructural para que la sociedad se organice políticamente, instaurando organismos que unan aspiraciones de los distintos sectores de manera relativamente permanente y autónoma. Por otro, el proceso de liberalización del grupo gobernante se aleja de las preocupaciones contenidas en el proyecto nacional revolucionario, base ideológica del partido oficial y del sistema político.

La élite gubernamental, en consecuencia, sufre tensiones no sólo con los partidos y agrupaciones de oposición, sino también con los sectores tradicionales del

¹ Según cálculos de PRONASOL, hay 17.3 millones de personas que viven en extrema pobreza y otros 24 en condiciones consideradas de pobreza (Víctor Manuel Muñoz, 1991).

partido oficial, a los que se les pide renunciar a sus privilegios y abandonar un discurso ideológico en nombre de un proyecto modernizador.²

Si bien hasta ahora es el grupo dirigente el que controla los procesos de modernización económica y las negociaciones políticas, se debe considerar que el recurso permanente a la reforma en los últimos 17 años³ y la utilización de la relación de clientela no resolverá, en el largo plazo, el reclamo de la sociedad por una democratización de la vida pública.

La sociedad mexicana reivindica la democracia y este reclamo cruza los distintos sectores y clases, así como los espacios regionales y locales. Cada cierto tiempo en diversas regiones o pueblos, y muy frecuentemente en la Ciudad de México, surgen protestas contra la imposición de candidatos, el fraude y la corrupción, exigiendo limpieza en las elecciones y sobre todo respeto al pluripartidismo. La resolución de estos conflictos es a menudo violenta cuando se trata de regiones tradicionales o campesinas. En las ciudades donde los niveles educativos son más altos, hay numerosos sectores medios e instancias partidarias de oposición, que se superan mediante negociaciones entre los grupos dirigentes.

Quizá la característica novedosa de estas acciones es que se generan en espacios comunitarios, normalmente en lugares de residencia urbanos, alejados de los aparatos de participación tradicionales como sindicatos, gremios profesionales y otras organizaciones designadas por el Estado.⁴ En este sentido, se puede afirmar que hay un germen de participación autónoma, paralela a la controlada por el Estado.

Desgraciadamente, las interpretaciones sociológicas no han contribuido a esclarecer las relaciones entre las demandas sociales y los procesos político-institucionales.

Las perspectivas de análisis se han polarizado entre una óptica que reduce la relación Estado-sociedad al funcionamiento de la estructura corporativa (o que otorga un papel predominante a la iniciativa presidencial) y otra perspectiva orientada al rescate de actores y movimientos sociales, reificados como creadores de prácticas culturales nuevas o portadores de una gran autonomía que, en el análisis, aparecen ajenos a los mecanismos clientelísticos y de control que caracterizan al sistema político y, en general, a la cultura política nacional. La interpretación de las movilizaciones olvida, por ejemplo, que la práctica del clientelismo es

² Aun cuando pueda parecer un problema secundario es muy probable que numerosos conflictos electorales se originen en grupos del partido oficial que no aceptan los intentos de reforma instrumentados desde arriba. Asimismo, la resolución de varios conflictos obedece a la necesidad de la élite de contemporizar con las bases de su partido, las que, finalmente, aseguran el control político y la relación con la sociedad.

³ No hay que olvidar que como consecuencia del movimiento del 68, el gobierno pone en vigor en 1977 una reforma política cuyo fin fue incorporar a partidos independientes y dinamizar el proceso electoral debido a que el abstencionismo se volvía crónico y amenazaba la legitimidad del orden político. Desde esa fecha, dicha reforma y los mecanismos para llevarla a cabo sufren modificaciones periódicas. Se trata de una reforma curiosa por su larga duración, pues entraña modificaciones casi permanentes en las que participan los partidos políticos y el gobierno.

⁴ Hay algunas excepciones importantes, la más significativa quizá sea el sindicato de maestros (SNTE), que en los últimos años ha mostrado altos índices de movilización.

por definición una relación, y que en esa relación la población, las comunidades, apoyan al sistema, toman acuerdos con un partido o favorecen una opción política a partir de una red de complicidades e intercambios que derivan en beneficios individuales o colectivos.

Se hace indispensable, en consecuencia, tender un puente entre estos dos enfoques para comprender los vínculos entre una sociedad que reclama su participación en las decisiones que afectan la vida pública y un sistema político que busca legitimarse desarrollando estrategias y ajustes para responder, desde arriba, a estas transformaciones.

En este panorama, trataremos de analizar el significado que tiene la demanda democrática y el comportamiento electoral para los distintos grupos o clases sociales, pues asumimos que en el comportamiento social y político influyen múltiples factores y ello permite matizar las interpretaciones más comunes. Suponemos, además, que la oposición electoral y la demanda democratizadora generalizada, que se muestran como un bloque en los comicios y en la mayoría de los análisis coyunturales, constituyen un fenómeno múltiple, no sólo por cuestiones de preferencias partidarias sino sobre todo porque adquiere sentidos y acepciones distintas según el origen de clase.⁵

Esta preocupación que puede parecer obvia si se considera la heterogeneidad y desigualdad de la sociedad mexicana, no lo es cuando se piensa que en los últimos años la petición por la democracia se transforma en bandera de los sectores sociales más distintos, que la oposición electoral en las elecciones presidenciales de 1988 pareció amenazar, por primera vez en la historia moderna del país, al sistema de dominación, dando así la impresión de que la sociedad se enfrentaba de manera concertada a un Estado calificado de autoritario por partidos tan disímiles como el Partido de Acción Nacional —de conocida tradición conservadora y católica— y por el Frente Democrático Nacional, liderado por Cuauhtémoc Cárdenas, que rescata en su discurso el contenido popular presente en el proyecto de la revolución mexicana.

La reflexión se lleva a cabo a partir del estudio de caso de dos barrios de la Ciudad de México que representan poblaciones que ocupan posiciones polares en la estructura de clase. El primero, el Cerro del Judío, ubicado en el sur de la Ciudad de México, encarna un típico asentamiento popular. El segundo es el de Ciudad Satélite, un barrio que representa la quintaesencia de la clase media mexicana, modelo de la modernización desde los años setenta en adelante.

El análisis tiene por objetivo señalar, a partir de ejemplos, que el estudio a niveles microsociales, centrado en espacios locales, es indispensable para compren-

⁵ Aun cuando la noción de clase social está bastante devaluada en América Latina (véase, por ejemplo, Federico Reyes Heróles, 1989), la realidad se impone de manera tal que es difícil evitar reconocer la desigualdad. En este trabajo, el término “clase social” se utiliza de manera amplia para denotar diferencias socioeconómicas dentro de la población urbana. Esta clasificación que distingue entre clases altas, medias y populares es necesaria para ubicar de manera confiable los lugares de residencia de la población estudiada, que luego se caracteriza de acuerdo con rasgos ligados al estilo de vida y las formas de participación.

der el comportamiento político electoral de la población de una ciudad que por su tamaño constituye, por sí misma, mundos disímiles sobre los cuales es difícil generalizar.

LAS ASOCIACIONES URBANAS COMO BASE DE LA PARTICIPACIÓN ELECTORAL

En países como México, en el cual la primacía de la ciudades ha tomado rasgos inusitados, los distintos sectores y clases sociales se ubican en barrios segregados, lo cual manifiesta una distribución del ingreso, así como estilos de vida altamente desiguales.

La Ciudad de México, con cerca de 20 millones de habitantes, está espacialmente polarizada, y en esos espacios se desarrollan modelos de autogestión urbana que varían según las clases sociales. Mientras los sectores populares se organizan, forzados por la necesidad de supervivencia, infraestructura y servicios, los de clase media y alta se movilizan alrededor de un cierto estilo de vida que aspiran a crear o mantener.

Si bien la mayoría de los estudios han rescatado las movilizaciones y la organización de los habitantes de los barrios populares, no se puede dejar de señalar que en la Ciudad de México es muy común que los sectores de clase media y alta, que ocupan condominios, fraccionamientos o urbanizaciones de alto costo, también se asocien para administrar servicios y resolver los problemas de la vida urbana. Aunque la ley contempla distintos tipos de asociaciones, su frecuencia inusitada y el gran activismo de los vecinos no puede comprenderse sólo en el marco de un razonamiento jurídico, pues la sociedad mexicana no se caracteriza especialmente por su obediencia a las leyes.

Ello se explica en gran medida por las dificultades económicas y los desfases institucionales producidos por el crecimiento urbano, que por su ritmo agota cualquier recurso público y dificulta un desarrollo adecuado y a la velocidad necesaria de las instituciones municipales y gubernamentales dedicadas a atender y resolver los problemas de los habitantes de la ciudad. Las poblaciones se organizan en comunidades, las cuales se vuelven verdaderos poderes locales con sistemas propios de representación que actúan como intermediarios entre los individuos, las familias y las autoridades municipales o federales. En este sentido, se puede afirmar que la segregación espacial favorece la movilización de la gente para satisfacer necesidades colectivas.⁶

Estudios realizados en México y otros países de América Latina han demostrado que las movilizaciones urbanas organizan grupos que comparten necesidades y reivindicaciones. El interés de este proceso, centrado en la vida cotidiana, es que las movilizaciones producen algo más que comportamientos ligados a la repro-

⁶ Este mecanismo difiere del de los países desarrollados, e incluso del de otros países latinoamericanos donde las municipalidades y otros organismos públicos se hacen cargo de los servicios urbanos, al menos para satisfacer las necesidades de las clases medias y altas.

ducción social. En efecto, las organizaciones construyen alianzas, negocian o luchan contra el sistema político y sus representantes, crean identidades y valores comunes, así como prácticas de gestión y relaciones sociales, basadas en principios que apelan a valores democráticos (los cuales, normalmente, difieren del autoritarismo o de los mecanismos de clientela prevalecientes en el ámbito estatal).

De esta manera, si una movilización sobrevive y controla ciertos recursos, pueden crearse nuevas formas de participación (Tilly, 1978; Kowarick, 1985) que, según las oportunidades, permiten influir en la vida pública.

La importancia de esta red de grupos y asociaciones barriales, ocultos en la vida diaria, comienza a destacar en la Ciudad de México por el año de 1985 y culmina en las elecciones presidenciales de julio de 1988. Organizaciones y grupos formados alrededor de comunidades urbanas, hasta entonces desconocidos, apoyan en las elecciones a partidos de oposición, exigen el respeto al voto, se organizan contra el fraude electoral y reivindican la democratización.

En esa fecha, por primera vez en la historia moderna del país, el PRI pierde su predominio absoluto a nivel nacional y la mayoría de la votación en la Ciudad de México. En el área metropolitana, el Frente Cardenista, surgido del centro mismo del partido oficial, gana los comicios gracias al apoyo de los sectores populares, y el Partido de Acción Nacional acrecienta su fuerza por el sostén de las clases medias y de amplios contingentes de los sectores populares. A partir de entonces cambia, al menos coyunturalmente, la relación del gobierno con los partidos de oposición. En primer lugar, el PAN y las clases medias, que tradicionalmente habían sido considerados los principales adversarios, son desplazados en el discurso oficial por las fuerzas cardenistas definidas, desde ese momento, como retrógradas y desestabilizadoras. En segundo lugar, el gobierno reorienta la economía hacia un modelo neoliberal, dando una gran prioridad al proyecto económico que culmina con la firma del Tratado de Libre Comercio. Se crea, además, un programa de política social (PRONASOL) orientado a paliar los efectos de la pobreza, que reelabora el modelo clientelar buscando amortiguar las inconformidades. Y en tercer lugar, en el ámbito del sistema político se toman medidas coyunturales destinadas a controlar la oposición y a redefinir el papel de algunos sectores del partido oficial. Así, se logra un pacto con las clases medias y con el PAN, mediante el cual se negocian ciertas gubernaturas y cargos de elección popular, se asegura la estabilidad económica y sobre todo el acceso al consumo a sectores de ingreso medio y alto.

En el partido oficial se hacen varios intentos por redefinir el papel de la tradicional CNOP, que desde 1990 se denomina UNE y posteriormente “Ciudadanía en Movimiento”, con el objetivo de recuperar el apoyo de los sectores medios.

En un primer momento, la oposición cardenista es fuertemente castigada con la salida de una fracción que le expropia el nombre del partido y, posteriormente, con el desconocimiento de una serie de elecciones municipales que se habían ganado en Guerrero, Michoacán y en el Estado de México. La movilización por la defensa del voto en esas regiones derivó en una fuerte represión oficial y en una

violencia local hacia los partidarios del Partido de la Revolución Democrática, cuyo saldo se mide en más de un centenar de muertos.⁷

En estas circunstancias, la élite gobernante, concentrada en el proyecto de modernización económica, se ha caracterizado por una "calma política" impresionante, pues no ha cedido espacios de expresión a una sociedad que se moderniza (Reyna, 1993).

Así, lo que hoy parece estar en juego es la democratización de un sistema político que, si bien tiene experiencia en redefinir el juego a su favor, deberá considerar que las demandas de la sociedad por influir en los asuntos públicos se generaliza y que la población, por razones muy diversas, se ha organizado en espacios paralelos a los designados por el partido oficial. Estos espacios cristalizan en las grandes ciudades y en centros urbanos intermedios, donde la gente, más educada que antes y preocupada por solucionar cuestiones relacionadas con su vida cotidiana, exige respeto a sus derechos ciudadanos.

El análisis de la experiencia vivida por la población de dos comunidades de la Ciudad de México, caracterizadas por grandes diferencias socioeconómicas y de estilo de vida, permiten ilustrar cómo gente proveniente de sectores extremos de la estructura social vive estos procesos, y percibir el significado de las elecciones y de la demanda democrática, tan generalizada.⁸

EL CERRO DEL JUDÍO Y CIUDAD SATÉLITE. CARACTERIZACIÓN SOCIOECONÓMICA

Comparar lo incomparable es una tarea difícil. Desde la perspectiva socioeconómica, Ciudad Satélite y el Cerro del Judío parecen pertenecer a mundos distintos, aun cuando se encuentren en la misma ciudad. Su interés deriva en que ambos lugares presentan tasas de participación social y comunitaria muy altas y prolongadas en el tiempo; a que allí se desarrollan movilizaciones urbanas desde principio de la década de los setenta; y a que, en los últimos años, una parte importante de la población optó por votar por la oposición y por reivindicar la democracia. En el Cerro del Judío, el voto a Cárdenas desplaza al tradicional voto priísta, y en Satélite se supera el abstencionismo, que durante años contribuyó al éxito del

⁷ La violencia local que acompañó a estas elecciones no ha sido reseñada en su totalidad, pero al parecer bastó para cancelar, temporalmente, la lucha electoral en esas regiones.

⁸ Las razones que sustentan la elección de estos casos son prácticas, metodológicas y teóricas. En primer lugar, se trata de dos casos estudiados directamente a partir de una reconstrucción de las movilizaciones urbanas, que en ambas poblaciones tiene una historia de más de 20 años, y de la aplicación de encuestas a una muestra de cada población, orientadas a conocer las formas de vida y el comportamiento político electoral. En segundo lugar, debido a que el estudio se propuso detectar la generalización y los significados de la demanda democrática y del comportamiento electoral de oposición, preferimos contrastar casos muy distintos y no similares. Supusimos que se podía detectar con mayor claridad la existencia de una tendencia si ésta afectaba a grupos diferentes que si dicho fenómeno fuera observado exclusivamente en un estrato o clase. Ello permitía, en tercer lugar, poner a prueba la hipótesis del trabajo, es decir: que si bien hay una generalización de la oposición electoral y de la demanda democrática, sus significados cambian según la clase social de pertenencia.

partido oficial y caracterizó el comportamiento electoral de esa población para dar la mayoría al PAN.

Con el fin de dar una visión muy general de ambas comunidades, en un primer momento describiremos brevemente las características de los barrios como espacio urbano y algunas variables relacionadas con el nivel socioeconómico de las familias que allí habitan. Luego, destacaremos algunos factores ligados a la organización comunitaria, y al comportamiento de oposición política de sus habitantes.

A - *El Cerro del Judío*, como su nombre lo indica, se encuentra en un monte ubicado en el sur de la ciudad, en las faldas del Ajusco. Administrativamente, depende de la Delegación Magdalena Contreras. En sus orígenes fue una zona agrícola ejidal, que fue fraccionándose primero para acoger a los hijos de ejidatarios y luego para dar vivienda a los desplazados del centro de la ciudad y de las expropiaciones que resultaron de la construcción de la Ciudad Universitaria, el periférico, el fraccionamiento Jardines del Pedregal y la carretera que une San Ángel y San Bernabé. La construcción de estas obras, entre 1950-1965, atrajo gran cantidad de mano de obra que, junto con los desalojados por la expropiación, comenzó la compra ilegal de terrenos a sus antiguos propietarios o a intermediarios.⁹ El barrio que en sus comienzos se podría absorber en la imagen de una zona marginal, hoy es una colonia popular que alberga a más de 150 000 personas, tiene los servicios urbanos básicos, y no obtuvo la regularización de la propiedad de los terrenos, sino hasta 1990, después de largas negociaciones.

Si bien estos logros han significado un gran adelanto para la población, el panorama es menos alentador cuando uno se desvía de la calles principales donde se ubican los comerciantes y las familias más pudientes. Allí se encuentran veredas de tierra, canales, lodazales y viviendas autoconstruidas sin drenaje, que se cuelgan entre barrancas y acequias.

La condición socioeconómica de la mayoría de las familias, cuyo tamaño promedio es de 7.17 miembros, muy superior al promedio nacional, es inestable, pues la ocupación de los jefes de familia o de los miembros de la unidad doméstica que realizan una actividad remunerada se ubica en el llamado "sector informal".

Si bien hay personas que se desempeñan como obreros o empleados en empresas establecidas contando con seguridad social y cierta estabilidad laboral, la mayoría trabaja en oficios eventuales como albañiles, vendedores ambulantes, recogedores de basura o en el servicio doméstico. A pesar de ello sólo hay un grupo pequeño que gana menos del salario mínimo, concentrándose la mayoría en ingresos que varían entre 1.2 y 2 salarios mínimos. De ahí que el problema central de estas familias sea la búsqueda de un empleo estable y mayores ingresos. Su reproducción y sobrevivencia se basa en la solidaridad de la familia extensa y de las redes comunitarias, así como en la obtención de alimentos subsidiados por el Estado. Las estrategias desarrolladas a nivel de las unidades domésticas se intensifi-

⁹ Un análisis detallado sobre la ocupación de tierras y las primeras movilizaciones de la población de el Cerro del Judío, se puede encontrar en Jorge Durand, *La ciudad invade al ejido*, Ediciones de la Casa Chata, núm. 17, 1983.

caron con la crisis. La comparación del resultado de dos estudios realizados en el mismo grupo de familias en dos momentos distintos, 1984 y 1989 (Fortuny, Tarrés, 1989) mostró que hubo una mayor cantidad de miembros que se incorporó al mercado de trabajo, que el tamaño de la familia aumentó por la integración de allegados que intercambiaron un lugar donde vivir por ayuda monetaria, utilizada para costear la alimentación de la familia. Se detectó también una disminución del consumo, deserción escolar por la incorporación de adolescentes o de sus madres a la actividad remunerada y, en algunos casos, el inicio de migración a Estados Unidos. Si se considera el nivel socioeconómico, se puede concluir que, aunque la población del Cerro del Judío no es representativa en términos estadísticos, constituye un buen ejemplo para asentar una reflexión y sacar conclusiones a nivel de hipótesis de trabajo sobre los sectores populares de la Ciudad de México.

B - *El caso de Ciudad Satélite* es completamente distinto. Su población (que sobrepasa los 100 000 habitantes) se beneficia de una infraestructura y servicios urbanos de excelente calidad. El proyecto urbano fue concebido de acuerdo con las especificaciones de las ciudades jardines inglesas. Las casas, pertenecientes a familias de distinto nivel de ingreso, se ubican en supermanzanas rodeadas por grandes extensiones de áreas verdes. Los creadores del proyecto quisieron imprimir un estilo de vida "moderno" a los futuros ocupantes que, al romper con las normas típicas de la arquitectura y de la urbanización nacionales, tuvieron que comprar más de un carro por familia para transportarse, cambiaron la tienda de abarrotes por el supermercado, así como el pequeño comercio por las grandes superficies. En efecto, en Ciudad Satélite se construye el primer gran centro comercial de América Latina y se desarrolla un estilo de vida que remeda al norteamericano. Cabe señalar, sin embargo, que el diseño, los precios y modalidades de pago de las primeras casas indican que el objetivo era acoger familias de ingreso medio para las cuales fuera indispensable un crédito barato. Si bien posteriormente el precio del suelo se elevó, es importante señalar que una zona nada despreciable del fraccionamiento está ocupada por casas de interés social.

Hoy, según los datos proporcionados por una muestra que representa el 10% de la población, los jefes de familia en su mayoría son empleados de empresas privadas o públicas y, en proporción menor, realizan actividades por cuenta propia en una profesión o el comercio. Una característica generalizada en la población es su alto nivel educativo, ya que el 51% de los jefes de hogar tiene educación universitaria y la mayor parte de sus esposas cursó al menos hasta el nivel de la preparatoria. El nivel de ingreso medio es de 6 salarios mínimos, aun cuando hay un porcentaje importante de familias que recibe entre 3 y 5 salarios mínimos. Se trata de una población que, por sus rasgos socioeconómicos, puede asimilarse a la clase media mexicana.¹⁰

¹⁰ Diversos autores definen como clase media, a nivel estructural, a aquellos grupos sociales que comparten las siguientes características: 1) se encuentran localizados en centros urbanos; 2) realizan actividades no manuales; 3) poseen un alto nivel educativo, superior al promedio nacional. Esta

Es interesante destacar que, a diferencia de la población de el Judío, aquí predomina la familia nuclear con un tamaño promedio inferior a la media nacional. Estas familias enfrentaron la crisis económica a partir de la utilización de ahorros acumulados con anterioridad, la renta de una segunda vivienda, que regularmente se prestaba a algún familiar y, sobre todo, con el desempeño de una segunda actividad remunerada por parte del jefe del hogar. Cerca del 35% de ellos recurrió a un segundo empleo, pues sus mujeres e hijos se integran al mercado de trabajo sólo en situaciones límite. En este sentido, la división sexual y generacional del trabajo entre las clases medias es mucho más rígida que entre los sectores populares, pues el hombre (como proveedor) tiende a llevar sobre sus espaldas la carga del ingreso familiar. Hay un grupo pequeño de familias, encabezadas por empleados del sector privado, sin educación universitaria y mayores de 50 años, cuyos niveles de consumo fueron muy afectados. El resto, gracias a la movilización de recursos y a un segundo empleo, mantuvo su nivel de vida.

Si bien desde la perspectiva de la estratificación social las poblaciones estudiadas conforman mundos lejanos, es importante subrayar que comparten al menos una característica común: la presencia de organizaciones locales que han creado un sentimiento generalizado de pertenencia a un grupo y a un territorio.

PARTICIPACIÓN Y MOVILIZACIONES EN EL CERRO DEL JUDÍO Y EN CIUDAD SATÉLITE

La historia de la organización colectiva en ambas comunidades es larga, presenta ciclos de altas y bajas en la movilización, pero se ha mantenido durante más de 25 años. Esto significa que la formación de grupos no tiene sólo un carácter instrumental, sino que ha pasado a formar parte de la vida local. En efecto, si bien en los orígenes la participación se encuentra ligada a la satisfacción de necesidades inmediatas o a la solución de un problema común, posteriormente se generan asociaciones alrededor de actividades culturales, religiosas, políticas, donde participan sobre todo las mujeres y los niños, pues son ellos quienes permanecen durante el día en la casa. Los hombres, aunque también las mujeres, se integran a actividades relacionadas con el gobierno y la administración comunal, que actúa como puente con el municipio y las instituciones externas.

La participación en estos organismos, que se denominan Asociaciones de Residentes o de Colonos, es la base a partir de la cual se genera una élite local que actúa a nombre de la comunidad. Aunque las relaciones entre las representaciones locales y el sistema político presentan conflictos en determinados momentos, la acción colectiva en ambas poblaciones está marcada por sus vínculos constantes con instituciones estatales y no escapa de los rasgos dominantes del sistema político. Las relaciones de las organizaciones de colonos con las autoridades se resumen en negociaciones, que a menudo implican presiones y movilización de la

última propiedad acrecienta su importancia en los países latinoamericanos donde la educación se transforma en un capital social, normalmente reservado a estos grupos.

población, pero que normalmente se resuelven con la oferta de soluciones parciales que derivan en un apoyo a la legitimidad estatal.

En momentos de conflicto o de crisis económica, este patrón cambia porque en la población hay otros grupos y asociaciones que presionan por el cumplimiento de demandas que el Estado no puede satisfacer. Estos sectores tienden a desplazar a los dirigentes tradicionales, debilitando el sistema de mediación. Como veremos, tanto en Satélite como en el Cerro del Judío, la crisis económica y la apertura electoral actuaron como factores precipitantes para que grupos que hasta ese momento habían funcionado (alrededor de otros intereses, pero que apoyaron a la élite local) se movilizaran y optaran por exigir la democratización de la esfera política. Se podría, quizá, concluir que debido al carácter instrumental del apoyo electoral al partido oficial, la población responde desplazando a los dirigentes tradicionales y vota por la oposición cuando no obtiene los recursos que se propone. Este patrón se repite con matices en las dos localidades analizadas, pero en ambas desencadena también un proceso de participación y de construcción de significados, diferente del tradicional.

En el Cerro del Judío, la organización colectiva comienza en el momento en que un grupo de vecinos se une por iniciativa de dos de ellos, para abrir calles que les permitieran llegar a sus casas. Ello significó aportes en faenas que se realizaban sábados y domingos desde las siete de la mañana hasta la noche y contribuciones en dinero para comprar algunas herramientas y materiales. La solidaridad y la cooperación permitieron conocerse y definir necesidades comunes. El éxito de la tarea y el consenso sobre la necesidad de agua potable y drenaje permitieron formar una asociación comunal que solicita ayuda a la Delegación. El grupo ya había logrado por sus propios medios conectarse en la red eléctrica. Es interesante destacar que la Delegación los ayuda siempre y cuando la organización se ajuste a los reglamentos legales y participe en una Junta de Vecinos, dependiente del municipio donde participan otras asociaciones vecinales.¹¹

El reconocimiento legal significó un aporte de la Delegación en maquinaria y materiales de construcción a cambio de faenas por parte de la comunidad, pero sobre todo el control político de los vecinos. La Delegación como parte de la administración estatal y el PRI como partido oficial, se coordinan y forman una unidad de modo que a este último le resulta fácil penetrar y controlar a la población. Prueba de ello es que desde esa fecha la Asociación ha estado siempre dirigida por gente del PRI, ya sea porque se escogió a los que eran militantes con anterioridad o porque comenzaron a militar a partir de su experiencia como dirigentes vecinales.

Sin embargo, el PRI no es el único partido que actúa a nivel local. En 1980 reaparece el PRT (Partido Revolucionario de los Trabajadores), que trata de organizar a la población para exigir al Estado mejores condiciones de vida. Aun cuando este partido logró ganar la simpatías, especialmente entre los jóvenes y porque en

¹¹ Se trata del Estatuto de Residentes del Departamento del Distrito Federal.

las elecciones de 1985 nombró a un habitante local como candidato a diputado federal, su influencia es marginal pues, entre otras cosas, la gente no está acostumbrada a la disciplina de la militancia. Si bien en los primeros años de las movilizaciones hubo una presencia importante de partidos y corrientes de oposición, desde que comenzaron a relacionarse con las autoridades de la Delegación hasta las elecciones de 1988 el PRI siempre tuvo mayoría. La gente entendía y entiende expresamente que el apoyo significa obtener recursos, realizar proyectos concretos que los beneficien. También varios habitantes manifiestan un cierto orgullo por el reconocimiento que las autoridades municipales y de otras instituciones oficiales hacen de la Asociación de Residentes y de la comunidad.¹²

La pobreza que se vivió desde los años ochenta, y que aún sufren muchas familias, generó una gran incertidumbre sobre las posibilidades de obtener un empleo seguro, creó conflictos en las familias porque mujeres y niños salieron a trabajar, desertando de la escuela de modo que, en varios casos, el orden familiar se vio amenazado.

En ese período las autoridades de la Delegación también carecieron de recursos para generar empleo, y la población tuvo que aceptar ayuda proveniente de organismos estatales en alimentos como leche, tortillas, o los despreciados desayunos escolares. La indignación moral comenzó a manifestarse en las parroquias, los grupos deportivos, en los jardines escolares autogestionados que hay desde hace años. De ahí que cuando Cuauhtémoc Cárdenas se presenta como candidato presidencial, la gente convierte su ira en adhesión a una persona cuyo programa y figura están relacionados con un compromiso con los sectores populares.

En Ciudad Satélite la situación no es tan diferente a pesar de la distancia económica y del control de recursos sociales con que cuenta la población. El quiebre del patrón abstencionista y el brote de una conducta electoral de oposición de apoyo al candidato de Acción Nacional, tiene sus raíces en una larga historia de movilizaciones comunitarias anclada en grupos y redes que presentan altos grados de participación. Una característica que llama la atención es que, al igual que en el Judío, hay una interacción cotidiana entre los vecinos. Ello obedece a razones distintas pero desempeña una función similar. En los comienzos del poblamiento hubo muchas necesidades que no estaban cubiertas. Satélite estaba aislada y la población carecía de teléfonos, transporte, correo, escuelas y otros servicios. Cuando los habitantes se percataron de que estas carencias no podían ser satisfechas por el municipio, formaron organizaciones internas o comisiones técnicas para resolver sus problemas directamente con las autoridades estatales o federales. Ello estimuló las relaciones amistosas y la creación de un proyecto colectivo que con el tiempo permitió negociar con las autoridades la

¹² Estos argumentos resumen las respuestas que dieron los entrevistados cuando se les preguntó por qué apoyaban al PRI en 1984. Cabe señalar que sólo tres personas, de una muestra de 66, declararon ser militantes de ese partido. En todo caso, tanto el voto de ellos como el del resto de la población se justifica por una especie de agradecimiento a los favores recibidos y también por razones instrumentales, como por ejemplo: "Yo voto por el PRI porque es el partido oficial y tiene el poder y la 'lana' [dinero]. No votaría por otro partido porque no ganaríamos nada."

puesta en marcha de un modelo de autogestión administrativa que duró más de 15 años. La Asociación de Colonos se transformó en un ejemplo de eficiencia en el campo de la administración urbana y en un campo de negociación política. Esta experiencia también contribuyó a la formación de una identidad comunitaria que aparece en una idea, compartida por la población, en el sentido de que ellos representan la eficiencia mientras los políticos, la corrupción y la incapacidad. La historia de la asociación no está exenta de intentos o de experiencias concretas de manipulación por parte de las autoridades municipales y del PRI local, pues al probar su autosuficiencia e incluso su influencia en la organización de poblaciones aledañas, se transforma en una competencia para las autoridades. Si bien el municipio terminó con el programa de autogestión, puede afirmarse que la población logró la autonomía suficiente para continuar administrando la ciudad en nuevos términos. En efecto, se creó un espacio de participación democrática que se ha transformado en un mecanismo de socialización de la población. Esta participación se lleva a cabo gracias a una estructura organizacional, que permite influir en los procesos de decisión y en las elecciones de un comité ejecutivo que se renueva cada dos años. El cuidado que los distintos grupos comunitarios ponen en la designación de candidatos y en el cómputo de los votos es casi obsesivo, de modo que se transforma en una práctica subversiva si se compara con lo que sucede en el municipio, el estado y la federación.

La experiencia comunitaria alrededor de los más diversos intereses y la participación en la Asociación de Colonos crea una élite de dirigentes que está en constante relación con el sistema político y con una población local que los presiona para que encuentren recursos. Esta élite, teóricamente apolítica, comienza a entrar a la actividad partidaria a raíz del descontento producido por la crisis, pero sobre todo como reacción al arbitrio con que las autoridades electorales resolvieron su derrota en las elecciones a diputados federales en 1982. El triunfo de un candidato del PAN, antiguo residente y director de un periódico local, derivó en una división de Satélite, que pertenecía a un solo distrito electoral, para dispersar el voto de su población en distintos distritos. La gente que votó por el panista lo hizo, en realidad, por un vecino, y pensando que ello contribuiría al bienestar comunitario. Esta medida que atentó contra la identidad comunitaria fue considerada un arbitrio y constituyó el detonante de un proceso más amplio. La gente de Satélite comenzó a discutir sobre la democracia, a opinar sobre los mecanismos de representación, a criticar al partido oficial y en algunos casos a trabajar en organismos ligados a Acción Nacional o directamente en ese partido. Sin proponérselo, fue el partido oficial quien estimuló la entrada de la población a la actividad electoral. Posteriormente, la votación ha favorecido a ambos partidos políticos, pero es evidente que en Satélite el PAN logró sentar bases.

Tanto en Satélite como en el Cerro del Judío se presentan características que facilitan la participación política de la población, así como su demanda por democratizar al sistema de gobierno. No hay duda de que la concentración de una gran cantidad de población de un mismo estrato en el mismo lugar, así como la presencia de organizaciones comunitarias orientadas al logro de recursos colecti-

vos, contribuye a la formación de una identidad comunitaria, que en ciertas circunstancias, llámese quiebre de una relación clientelar en el Cerro del Judío o imposición arbitraria del control político en Satélite, estimula el quiebre de las lealtades tradicionales, rompe el apoliticismo y alienta la oposición electoral. Ello se comprende mejor si se considera la situación de crisis económica y el ambiente de pluralismo político que prevaleció hasta 1988.

CAMBIOS EN EL COMPORTAMIENTO ELECTORAL

Quizá porque las elecciones no fueron la fórmula para llegar al poder y sólo tuvieron un carácter legitimador se cuenta con escasos estudios que den cuenta del comportamiento político electoral de la población. Los electores sabían que no influirían ni en las personas ni en la orientación de los que gobernarían, de modo que la actividad electoral fue una preocupación de los miembros del sistema político, más que de la sociedad.¹³

Desde la elección de José López Portillo, que no tuvo contendientes que dieran una mínima credibilidad al papel de los comicios, se comenzó un largo proceso de reforma política que desde entonces ha constituido un lugar de negociación. Estimuló la integración de partidos y fuerzas políticas, independientes del sistema corporativo, al debate nacional, y planteó —dentro de sus límites— la creación de espacios a la oposición, sobre todo en el ámbito electoral.

Las elecciones presidenciales de 1988 presentaron características distintas de las anteriores e incluso de las posteriores. Además de haberse desarrollado en un momento de crisis económica y de aplicación de severas medidas de ajuste, quizá su rasgo sobresaliente fue la importancia que cobró la liberalización política durante la última parte del período del presidente De la Madrid. Todo hacía suponer que en esa contienda se respetarían las reglas electorales vigentes, ya que la campaña electoral fue competitiva, y los tres candidatos, Cárdenas (FDN), Clouthier (PAN), y Salinas (PRI) presentaron proyectos definidos.

Los hechos, como se sabe, desmintieron los supuestos de competitividad y confianza en las reglas acordadas, pues el sistema de cómputo electoral “se cayó” cuando se comenzaba a saber que Cárdenas ganaba el 60% de las votaciones de la Ciudad de México. De ahí que sea legítimo suponer que los resultados oficiales no corresponden a la votación realmente emitida por la población.

Independientemente del manejo que se hizo de los resultados de estos comicios, resulta importante considerar que las actividades y el debate previos tuvieron gran interés, ya que en los meses anteriores “parecieron” darse las condiciones para una competencia que rompía con el tradicional patrón de control y monopolio. Ello se percibió en una actividad preelectoral, que fue intensa tanto en el Cerro del Judío como en Satélite, donde los sectores de oposición lograron articular a la población y sus organizaciones a la campaña presidencial. Las pro-

¹³ No hay que olvidar, sin embargo, los interesantes trabajos de Coleman y Coleman y Davis.

testas contra el autoritarismo, las jornadas por el respeto al voto y la vigilancia de las distintas elecciones son prueba de ello. El papel de las mujeres de clase media en Satélite fue central. Ellas participaron a partir de sus grupos y redes, y su entrada en la política se explica en parte por la dimensión moral-conservadora y no partidista que asume el discurso panísta. Curiosamente, la participación femenina en el Cerro del Judío se orientó a la defensa del partido oficial, y de hecho son las mujeres quienes en nombre de los beneficios logrados por la colonia gracias al PRI, evitan el triunfo de Cárdenas por mayoría absoluta.

En ambas colonias triunfa la oposición. En Satélite gana un partido tradicionalmente conservador y católico. En el Cerro del Judío, Cuauhtémoc Cárdenas, cuyo discurso está orientado a rescatar el contenido popular y la conducción estatal presente en el proyecto de la revolución mexicana. Los resultados obtenidos por la encuesta son los que siguen:

Preferencias electorales

<i>Partido</i>	<i>Sector Popular</i>	<i>Sector clase media</i>
	<i>Cerro el Judío</i>	<i>Cd. Satélite</i>
	<i>%</i>	<i>%</i>
PRI	40	27
FDN	45	5
PAN	3	43
ABSTENCIÓN	12	14
N.R.	-	-
TOTAL	100	100
(N)	(65)	(113)

En ambas poblaciones el electorado se polariza alrededor de dos partidos políticos, ya que en el Cerro del Judío 85% del electorado vota por el PRI o por el FDN, y en Cd. Satélite el PRI y el PAN acaparan 70% de los votantes locales. El abstencionismo es similar al nacional, aun cuando la población de clase media presenta una alta proporción de no respuesta.¹⁴

El hecho de que la oposición del Cerro del Judío se concentre en el FDN y de Ciudad Satélite en el PAN no es casual. Obedece al tipo de discurso manejado por esos partidos, que apelan a sectores sociales y a proyectos políticos distintos. El Frente Democrático Nacional orientó su campaña hacia los sectores populares haciendo hincapié en los efectos de la crisis y en soluciones distributivas. El Par-

¹⁴ La gente sostuvo que el voto era secreto, pero ello también obedece al hecho de que la encuesta se realizó en un momento (preelectoral).

tido de Acción Nacional insistió en el rechazo al autoritarismo, la necesidad de un sistema de representación parlamentaria y en realidad careció de una propuesta de desarrollo alternativo.

De ahí que se pueda deducir que, si bien hay una oposición electoral, ésta no es unificada, pues el voto de oposición se genera de acuerdo con la clase social de pertenencia. Este hallazgo habría, sin embargo, que matizarlo con la influencia que pueden tener las comunidades locales en la orientación que asume el voto de oposición.

En todo caso, los resultados indican importantes cambios en las lealtades políticas, ya que durante 20 años, por lo menos, la población de ambas colonias apoyó al partido oficial en las elecciones. Si confiamos en las respuestas, este cambio ha sido significativo, sobre todo entre los sectores populares, donde 63% de los que votaban por el PRI lo hicieron por Cárdenas.

En Ciudad Satélite se presenta un fenómeno similar pero matizado, ya que 37% afirma haber cambiado su opción del PRI hacia el PAN, y 12% que se abstenía decidió votar por el PAN. Este dato es importante, pues la abstención electoral constituía un rasgo casi permanente de la actitud de las clases medias hacia las elecciones. En resumidas cuentas, los comicios de 1988 significaron una realineación de las preferencias electorales en ambas poblaciones.

Un hecho interesante es que el voto se fundamenta a partir del rechazo o el apoyo al gobierno, al sistema oficial. Muy pocos electores justifican el voto de acuerdo con una doctrina ideológica o con un programa de acción política alternativa. Y vale la pena subrayar este hallazgo, que cruza tanto al elector priísta como al de la oposición. Hasta ahora los analistas políticos habían reiterado que el voto de oposición tenía connotaciones de protesta sin señalar la escasa fundamentación ideológica que también caracteriza a los electores del PRI.

En el caso de los panistas de Satélite no hay duda. Ellos argumentan que su voto es efectivamente de protesta contra el autoritarismo y la imposición. El voto priísta, en cambio (que tampoco tiene bases ideológicas), es difícil de comprender, pues sus electores comparten con la oposición las críticas al sistema electoral y al gobierno. Apoyan al PRI por temor a la inestabilidad y por defender sus intereses, ya que los electores priístas de esta comunidad integran al grupo con ingresos más altos.

En el discurso popular las relaciones de clientela son transparentes. Así, los que apoyan al partido oficial en el Cerro del Judío afirman hacerlo debido a que este partido los ha ayudado a conseguir servicios en su barrio y a que, por ser el partido en el poder, controla los recursos de manera que, cualquiera que sea el resultado electoral, ellos podrían seguir presionando para obtener favores.

El peso de la cultura política oficial, sin embargo, parece ser menor que el de las condiciones de vida deterioradas, producidas por varios años consecutivos de crisis y ajustes económicos. En efecto, si bien parte del voto por Cárdenas se explica por un rechazo al partido oficial, la gente que lo apoyó argumenta alrededor de la necesidad de cambios en la política económica; es lógico, pues no sólo han afectado sus niveles de consumo, sino su organización familiar y sus expecta-

tivas de movilidad social.¹⁵ Los sectores populares perciben una cerrazón brusca de los canales de ascenso y ello influye en su comportamiento electoral. Ven en Cárdenas, hijo de la figura mítica de don Lázaro Cárdenas, la posibilidad de un viraje del sistema político que los favorezca.

Las preferencias electorales permiten conocer la posición de los votantes, pero no posibilitan definir las demandas que salieron a la luz pública durante estos últimos años. La mayor parte de estas demandas se relaciona con la democratización de la política. ¿Qué significado tiene esta reivindicación en una sociedad tan desigual, que ha participado durante más de 65 años en un sistema político autoritario-inclusivo y que en la elección presidencial opta por partidos distintos?

LA REIVINDICACIÓN DEMOCRÁTICA

Desde el movimiento de 1968, los sectores urbanos de la sociedad mexicana han luchado por democratizar la participación política y social. Lo curioso es que los distintos sectores sociales, entre ellos la élite política, se inspiran en la Constitución de 1917 para legitimar estas reivindicaciones que, según el sector que lo adopte, adquiere facetas diferentes. El interés de señalar este rasgo de la lucha por la democracia en el México de hoy, estriba en que permite subrayar, a pesar de los conflictos, que la legitimidad del sistema de dominación se asienta en el proceso revolucionario y en el pacto sociopolítico que cristaliza en el acta constitucional, la cual es aceptada y reivindicada por los sectores movilizados. De ahí que un análisis limitado a las demandas no baste para discriminar el significado de las reivindicaciones por la democracia entre los distintos sectores sociales. Tiene sentido, en consecuencia, detectar directamente la opinión sobre la democracia, así como los contenidos y dimensiones que se relacionan con ella.¹⁶

	<i>¿Es democrático México?</i>	
	<i>Sector Popular</i> <i>Cerro del Judío</i>	<i>Sector clase media</i> <i>Ciudad Satélite</i>
Sí	48	32
No	43	47
<i>Sui generis</i>	9	21
Total	100	100
(N)	(66)	(113)

¹⁵ Al respecto, véase Sánchez, Selva y Tarrés. Ahí demostramos cambios en la división del trabajo dentro de las unidades domésticas; entrada masiva de las esposas y madres al mercado de trabajo y una deserción escolar muy alta entre adolescentes, sobre todo de mujeres.

¹⁶ Cabe señalar que la Constitución es un programa de leyes muy avanzadas, de ahí que se adopte como demanda. Pero también es importante considerar que la estructura jurídica en que se basa es casuística (y no positiva), y que se apoya en una estructura de poder personal. Por ello, la ley en la sociedad mexicana es relativa y no hay un claro sistema de derecho.

Los resultados demostrarían una pérdida grave de legitimidad si la población no presentara tasas tan altas de participación a nivel local,¹⁷ y un gran compromiso con los problemas comunitarios.

Esta imagen de ilegitimidad del sistema político se relativiza si se considera que 9% de los sectores populares y 21% de las clases medias define el estilo mexicano de hacer política como *sui generis*. Ello refiere en las respuestas a un reconocimiento de la original forma de ejercicio del poder, pues la gente considera que, si bien hay autoritarismo, también hay libertad de expresión, de protesta, derecho a huelga; y afirma que se está lejos de un gobierno dictatorial o totalitario. Otras respuestas valorizan el marco jurídico-institucional vigente, pero subrayan que no es respetado por las autoridades, de manera que lo que estaría en juego no sería el sistema, sino los grupos que lo controlan.

Curiosamente, los sectores populares tienden a poseer una posición más favorable que las clases medias en relación con su calificación del país como “democrático”. Y ello se explica, en parte, por la opinión de las mujeres y, sobre todo, porque el apoyo del gobierno a la comunidad durante muchos años ha sido importante, de modo que hay más electores del partido oficial.¹⁸

En todo caso, el dato más importante en ambos lugares es que 43% de los entrevistados en el Cerro del Judío y 47% en Ciudad Satélite consideran que en México no hay democracia. Resulta significativo, pues aun cuando no se trató de una muestra representativa de la población, constituye una cifra muy alta, e indica, así sea de manera indirecta, que la democracia es una demanda compartida por distintas clases sociales.

SIGNIFICADOS DE LA DEMANDA DEMOCRÁTICA ENTRE SECTORES POPULARES Y CLASES MEDIAS

La generalización de la reivindicación democrática entre sectores populares y de clase media está permeada por la existencia del unipartidismo, que crea actitud de oposición unitaria. Sin embargo, la desigualdad estructural permite dar sustento empírico a la hipótesis que guía este trabajo, es decir, que los significados son distintos para las clases medias y populares.

En efecto, si bien en ambas poblaciones hay conciencia de que en el país no se respetan las elecciones,¹⁹ el hincapié en las transformaciones cambia radicalmente. Si tuviéramos que radicalizar las conclusiones se podría decir que este

¹⁷ Sánchez, Selva y Tarrés, 1988.

¹⁸ En efecto, un cruce de la opinión sobre la existencia de democracia en México por opción electoral muestra una alta correlación entre voto y opinión favorable. Así, mientras 78% de los priístas tiene esta opinión, sólo 22% de los que apoyan a Cárdenas la mantienen.

¹⁹ En el Cerro del Judío, 86% opina que las elecciones no se respetan, y en Ciudad Satélite 76% opina lo mismo.

tema constituye uno de los puntos centrales de las reivindicaciones de la clase media, mientras que es algo secundario para los sectores populares.

En Ciudad Satélite, la demanda por la democratización del sistema político significa la presencia de un pluripartidismo, la alternancia de partidos en el poder, el respeto al voto y el fin del fraude y la corrupción. Estas peticiones, que pueden parecer elementales, son subversivas si se consideran las características del sistema político. La presencia de un partido político como Acción Nacional, que fundamenta su posición en principios de participación democrática, coincide con esas reivindicaciones y permite canalizarlas hacia el sistema político.

Estas demandas que ponen en duda las formas de ejercicio de poder, en un sistema donde éste se encuentra concentrado, tendría un gran potencial de influencia si no se encontraran articuladas con una actitud restrictiva a la participación de otros sectores sociales y políticos en la democracia formal. Las clases medias de Ciudad Satélite consideran que los indios, los marginados, los analfabetas o los izquierdistas deberían educarse, trabajar o experimentar un proceso de igualamiento previo para ejercer sus derechos ciudadanos.²⁰

Hay un porcentaje importante de población (entre 25 y 37%) que condiciona la participación de distintos sectores a una democracia formal²¹ y otorga al Estado la tarea de preocuparse por los sectores populares y de controlar a los izquierdistas. Si bien la clase media en un nivel rechaza la imposición y el autoritarismo estatal, en otro nivel señala que el control político y la redistribución son funciones estatales. La conciencia de la desigualdad prevaleciente en la sociedad influye en la aceptación del papel del Estado como elemento necesario, aunque no deseable, para mantener la estabilidad social y política, ya que los sectores populares y la izquierda son percibidos como una amenaza.

De este modo, la demanda democrática entre las clases medias estudiadas se limita a una ampliación del sistema de representación y se diluye en presiones por extender su influencia en el sistema de dominación, pues un porcentaje importante de sus miembros maneja una idea elitista y restringida de la democracia y la ciudadanía.

La demanda por la democracia adquiere connotaciones muy diferentes entre los sectores populares del Cerro del Judío. Ahí lo que está en juego son las dimensiones de igualdad de las condiciones sociales y económicas, y no tanto los mecanismos que permiten la expresión ciudadana. Más aún, resulta difícil de concebir entre estos sectores por lo menos por dos razones. La primera, y quizá más importante, es la inexistencia de partidos políticos fuertes con base popular. El Frente Democrático Nacional que apoyó a Cárdenas y que posteriormente se consolida en el Partido de la Revolución Democrática, es una agrupación de partidos y organizaciones frágilmente articulada, con pocos recursos y sin organización de base. Problemas como éstos acentúan las divisiones internas, e influyen

²⁰ El análisis de la información donde se muestra este proceso puede verse en Tarrés (1990), en Craig Forewaker.

²¹ Estas opiniones coinciden por lo demás con varias preguntas destinadas a detectar la concepción de democracia en el sector.

en escisiones y conflictos que están muy alejados de los problemas y de las lealtades de la población. Su participación en el sistema político después de las elecciones de 1988 ha significado una gran inversión de tiempo y energías en la defensa del voto y de sus simpatizantes, en el aprendizaje de las reglas del juego, en la discusión de leyes que contribuyan a abrir espacios de participación política en detrimento de la construcción de puentes con el electorado que los apoya. En 1988 los sectores populares, en consecuencia, apoyan al candidato y se encuentran desprotegidos por la falta de mediaciones partidarias.

La segunda razón que dificulta la cristalización de la demanda por crear mecanismos de representación es la presencia de una cultura política basada en el clientelismo y el control. Ello tiene mucho peso en sectores dependientes de la capacidad redistributiva del Estado.

En el Cerro del Judío se observa en consecuencia una población organizada sobre bases comunitarias, un resquebrajamiento de los mecanismos de control tradicionales y la carencia de partidos distintos del oficial que articulen las demandas con la esfera de la política.

Estos elementos, aunados a los efectos de la crisis sobre las condiciones de vida de la población, contribuyen a unir a los habitantes, que intensifican estrategias colectivas para sobrevivir y cristalizan en actitudes que se alejan de la sensación de movilidad e integración, característicos de los años de crecimiento económico y de políticas redistributivas.²² Así, los sectores estudiados comparten hoy un sentimiento de exclusión, una visión de mundo donde se definen como pobres, marginados del empleo, del consumo y de la influencia social y política.

Así, tanto los electores priístas como los cardenistas concuerdan (en 98%) que en la actualidad sus oportunidades, y sobre todo las de sus hijos, están canceladas, que las diferencias sociales hoy se deciden porque unos comen, se visten, se educan, y otros no pueden hacerlo. Porque hay otra gente que tiene poder, y ni ellos ni sus hijos podrían llegar a tenerlo. En fin, la sociedad es percibida por la mayoría como una dicotomía donde los pobres conforman un mundo sin posibilidad y los ricos las concentran. Esta visión de mundo compartida por la población tiende a borrar las diferencias políticas.²³

Contrariamente a lo que podría pensarse, las fuerzas de ruptura o confrontación son débiles. El peso de la reivindicación democrática, concebida en términos de un pluralismo político, se presenta pero diluido, y con un contenido muy distinto del de las clases medias. De ahí que los sectores populares vivan el fraude electoral como un acto arbitrario, pero no denuncien o se enfrenten a sus autores. Ellos los conocen, son sus vecinos. Al parecer valoran más que la comunidad se mantenga que las divisiones partidarias o las opciones electorales, las cuales no logran romper con la identidad comunitaria.

²² Véase Eckstein (1977); Cornelius (1980).

²³ Estas observaciones provienen de las respuestas de los entrevistados. Cabe señalar que, incluso los dirigentes priístas del Cerro del Judío las apoyan. Así, uno de ellos afirma: "la gente no apoya al partido porque no puede comer con los servicios (urbanos) que se obtuvieron hace años. La gente está desesperada, y tiene razón para buscar cambios".

Para ellos el contenido de la democracia tiene dimensiones muy concretas. Por un lado, remite a la libertad de expresión, de huelga y de protesta. Por otro, el interés por democratizar al gobierno radica sobre todo en tener acceso a los recursos del Estado. La coincidencia de estas demandas con el discurso y la figura de Cárdenas es clara.

Sin embargo, cualquiera sea la coyuntura electoral, esta orientación enfrenta al sistema político a un desafío que implica no sólo modernizar las formas de ejercicio del poder y representación, sino también plantearse una política de redistribución.

A MANERA DE CONCLUSIÓN

En este trabajo se ha tratado de demostrar que la demanda por la democracia, tan generalizada en la sociedad, adquiere significados distintos según los sectores sociales. Para las clases medias, ésta sería satisfecha con una representación parlamentaria que asegurara la expresión de sus intereses. En cambio, los sectores populares se muestran menos interesados en los mecanismos de representación política, ya que su idea de la democracia privilegia a la justicia social.

Esta valoración tan diferente indica que en la sociedad mexicana las dimensiones que definen el contenido mismo de un sistema democrático no han logrado articularse. Así, la dimensión de igualdad y justicia social y económica reivindicada por los sectores populares es ilegítima para las clases medias, pues una proporción importante de sus miembros los perciben como una amenaza que debe ser controlada. Es probable que mientras estas dimensiones no se articulen y acepten en un clima de respeto mutuo, el régimen que por medio del recurso a la reforma ha logrado mantenerse, pueda seguir realizando adaptaciones controladas. Después de las elecciones de 1988, la élite política ha logrado ciertos acuerdos con el PAN y con las clases medias, los cuales han cristalizado en la aceptación negociada (entre los círculos dirigentes panistas y priístas) de ciertos cargos de representación y en una apertura al mercado externo que, por el momento, da acceso al consumo a los sectores medios.

El problema central son los 41.3 millones de mexicanos que viven en la pobreza, pues si bien el régimen puede obtener su apoyo cuando asegura un cierto nivel de distribución de recursos, las consecuencias son lamentables cuando esto no sucede. Prueba de ello es que en zonas rurales tradicionales, durante los períodos de elección municipal o estatal tienden a desarrollarse protestas que derivan en verdaderas batallas campales debido a la represión y a la violencia con que responden las élites locales.

En la Ciudad de México, como lo observamos, los sectores populares se repliegan en su comunidad, desarrollando actitudes defensivas. La población concentra sus energías en sobrevivir a un enorme costo, pues los mecanismos tradicionales muestran sus límites.

La inexistencia de organizaciones y partidos independientes que sirvan de puente entre las demandas sociales y el sistema político, deja un espacio a programas oficiales como el Programa Nacional de Solidaridad (PRONASOL), que desde 1990 busca distribuir recursos y dar solución a las demandas más urgentes de la población que presenta los mayores niveles de pauperización.

Pese a ello la renovación de las formas de participación en el espacio político mexicano no está exenta de conflictos tanto a nivel de la élite dirigente que debe definirse en relación con el proceso de modernización del ejercicio del poder como de la sociedad. Los casos de Satélite y el Cerro del Judío permiten observar que la definición política a nivel individual todavía no forma parte de la cultura electoral de la gente, ya que ésta se conduce en esa esfera como sujeto-comunitario, si definimos la identidad desde la base social o, como sujeto-clientela, si lo hacemos en relación con sus vínculos institucionales.

Estos procesos, unidos a la desigualdad socioeconómica, estimulan la segmentación de los sujetos políticos que manifiestan comportamientos electorales y concepciones sobre la democracia dispares, alejados de una visión que reconozca opciones plurales y a actores sociales distintos como legítimos en un clima de respeto y confianza mutuos.

Sin pretender indicar tendencias, el estudio de las dos comunidades permitió detectar fisuras y continuidades en las lealtades tradicionales, la persistencia del rol del clientelismo como moldeador de preferencias electorales así como explorar los contenidos, tan distintos, de la demanda democratizadora, que tiene tanta importancia en la población de ambas comunidades y en la de la Ciudad de México.

No hay duda que en México se enfrentan grandes dificultades para implantar un sistema político pluralista y democrático, pues el corporativismo, vivo en las élites y en la sociedad, desempeña un papel estructurador de la acción política que es necesario reconocer.

De ahí que la manera como se organizaron las relaciones entre los sectores sociales movilizados y los procesos institucionales son aún cuestión abierta, siempre y cuando no se regrese a modalidades autoritarias, que nieguen la apertura de nuevos espacios y una participación plural de la sociedad.

BIBLIOGRAFÍA

- Camp, R. (comp.), (1986), *Mexico's Political Stability: The Next Five Years*, Boulder, Westview Press.
- Coleman, Kenneth (1975), "The capital city electorate and Mexico's Acción Nacional: some surveys evidence a conventional hypothesis", *Social Science Quarterly*, vol. 56, núm. 2, sept., 502-509.

- Coleman, Kenneth, y Charles Davis (1978), "Civil and conventional religion in secular authoritarian regimes: The case of Mexico", *Studies in Comparative International Development*, XIII, verano.
- Cornelius, Wayne (1980), *Los inmigrantes pobres en la Ciudad de México y la política*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Davis, Charles, y Kenneth Coleman (1977), "Discontinuous educational experiences and political and religious non conformity in authoritarian regimes: Mexico", *Social Sciences Quarterly*, vol. 58, núm. 3, diciembre.
- Durand, Jorge (1983), *La ciudad invade al ejido*, México, Ediciones de La Casa Chata, núm. 17, México.
- Eckstein Susan, *The Poverty of Revolution. The State and the urban poor in México*, Princeton, N. J., Princeton University Press, 1977.
- Escalante, Fernando (1992), *Ciudadanos imaginarios*, México, CES-COLMEX.
- Escobar, Arturo, y Sonia E. Álvarez (1992), *The Making of Social Movements in Latin America. Identity, Strategy and Democracy*, Westview Press.
- Fortuny, Patricia, y María Luisa Tarrés (1989), "Sobrevivencia y participación electoral en el Cerro del Judío. Una réplica 5 años después", manuscrito.
- Garrido, Luis Javier (1987), "Un partido sin militantes", en Soledad Loaeza y Rafael Segovia (comps.), *La vida política mexicana en la crisis*, México, El Colegio de México-Centro de Estudios Internacionales.
- González Casanova, Pablo, y Héctor Aguilar Camín (1985), *México ante la crisis*, México, Siglo XXI, vol. 2.
- Iturriaga, José (1951), *La estructura social y cultural de México*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Kowarick, Lucio (1985), "The pathway to encounter reflections on the social struggle in São Paulo", en David Slater (comp.), *New Social Movements and the State in Latin America*, Amsterdam, PEDLA.
- Loaeza, Soledad (1988), *Clases medias y política en México*, México, El Colegio de México.
- Loaeza, Soledad, y Rafael Segovia (comps.), (1987), *La vida política mexicana en la crisis*, México, El Colegio de México.
- Muñoz, Víctor Manuel (1991), "Lucha contra la pobreza. Segunda semana de Solidaridad", Sección Financiera, *Excelsior*, 12 de septiembre.
- Núñez Óscar (1990), *Innovaciones democrático-culturales del Movimiento Urbano Popular*, México, UAM-Azcapzalco.
- Porter, Alejandro (1985), "Latin American clases structure: their composition and changes during the last decades", *Latin American Research Review*, núm. XX (3).

- Reyes Heróles, Federico (1989), "El nuevo ciudadano frente a la sectorización", ponencia, Centro de Estudios Internacionales, El Colegio de México.
- Reyna, José Luis (1993), "Democratización en México: límites y posibilidades", en *Modernización económica, democracia política, democracia social*, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Sociológicos, pp. 177-189.
- Reyna, José Luis (1974), "Control político, estabilidad y desarrollo en México", México, *Cuadernos del CES*, El Colegio de México, núm. 3.
- Samaniego, Norma (1986), "Los efectos de la crisis 1982-1986 en las condiciones de vida de la población en México", Lima, Perú, Comisión Económica para América Latina.
- Sánchez, Martha Judith, Beatriz Selva, María Luisa Tarrés (1988), "Formas de organización popular para resolver problemas de abasto y alimentación en la Ciudad de México", *Informe*, México, El Colegio de México-Universidad de Naciones Unidas.
- Schmitter, Philippe, y Terry Lynn Carr (1991), "What democracy is... what is not", *Journal of Democracy*, vol. 2, núm. 3, verano.
- Tarrés, Ma. Luisa (1991), "Campos de acción de las mujeres de clase media", en Vania Salles y Elsie Mcphield (coords.), *Textos y pretextos*, México, El Colegio de México-Programa de Investigación y Estudios sobre la Mujer.
- Tarrés, Ma. Luisa (1990), "Middle class associations and electoral opposition", en Foweraker, Joseph, y Ann Craig, *Popular Movements and political change in Mexico*, Boulder, Lynne Rienner Publishers.
- Tarrés, Ma. Luisa (1989), *Formas de organización popular en la crisis*, Miami, LASA.
- Tarrés, Ma. Luisa (1989), "Más allá de lo público y lo privado: participación social y política de las mujeres de clase media", en de Oliveira, Orlandina (coord.), *Trabajo, poder y sexualidad*, México, El Colegio de México-Programa de Investigación y Estudios sobre la Mujer.
- Tilly, Charles (1978), *From Mobilization to Revolution*, Reading, Mass., Addison Wesley.
- Wilkie, J. M., y Wilkins, P. D., "Quantifying the class structure of Mexico, 1895-1970", cap. 36, en James W. Wilkie, y Stephen Haberedts, *Statistical Abstracts of Latin America*, Center Publications, University of California, Los Ángeles, 1981.
- Worsley, Peter (comp.), (1985), "Communities and cities", en *Modern Sociology*, Harmondsworth, Penguin Books, pp. 407-497.
- Zapata, Francisco (1993), "Democracia, corporativismo y desigualdad social en América Latina", en *Modernización económica, democracia política y democracia social*, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Sociológicos, pp. 11-62.